

super caput ejus causam ipsius scriptam: Hic est Jesus Rex Judæorum. Tunc crucifixi sunt cum eo duo latrones; unus à dextris, et unus à sinistris. Prætereuntes autem, blasphemabant eum moventes capita sua, et dicentes: S. Vah! qui destruis templum Dei, et in triduo illud reedificas; salva te ipsum: si Filius Dei es, descende de cruce. C. Similiter et principes sacerdotum illudentes cum scribis et senioribus, dicebant: S. Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere: si Rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credimus ei: confidit in Deo: liberet nunc, si vult eum: dixit enim, Quia Filius Dei sum. C. Id ipsum autem et latrones, qui crucifixi erant cum eo, improperebant ei. A sexta autem hora tenebræ factæ sunt super universam terram usque ad horam nonam. Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens: ✠ Eli, Eli, lama sabachthani? C. Hoc est: ✠ Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? C. Quidam autem illic stantes et audientes, dicebant: S. Eliam vocat iste. C. Et continuo currens unus ex eis, acceptam spongiam implevit aceto, et imposuit arundini, et dabat ei bibere. Ceteri vero dicebant: S. Sine, videamus an veniat Elias liberans eum. C. Jesus autem iterum

Hijo de Dios, baja ahora de la cruz. Los principes de los sacerdotes, mofándose tambien de él, con los escribas y los ancianos, decian: El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo: si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y entonces creeremos en él. El ha esperado en el auxilio de Dios, libréle ahora, si es que le quiere; porque él mismo ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios. Los ladrones que estaban crucificados con él, le echaban tambien en cara las mismas cosas. Desde la hora de sexta hasta la de nona se estendieron espesas tinieblas por toda la tierra, y hácia la de nona exclamó Jesus con una voz fuerte diciendo: Eli, Eli, lama sabachthani; esto es: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? Algunos de los que estaban allí, y le oyeron, decian: A Elias llama. E inmediatamente uno de ellos echó á correr, y tomando una esponja, la llenó de vinagre, y poniéndola en el cabo de una caña, se la aplicaba para que bebiera; los demás decian: Dejad, veamos si viene Elias á librarle. Entonces Jesus dando un gran grito, espiró. (Aquí todos se arrodillan.) Al mismo tiempo, el velo del templo se desgarró en dos partes de alto á bajo, la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habian muerto resucitaron; saliendo de sus sepulcros despues de su resurreccion; vinieron á la santa ciudad y aparecieron á muchos.



clamans voce magna, emisit spiritum. (Hic genuflectitur, et pausatur aliquantulum.) Et ecce velum templi scissum est in duas partes à summo usque deorsum: et terra mota est, et petrae scissae sunt, et monumenta aperta sunt: et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant custodientes Jesum, viso terræmotu et his, quae fiebant, timuerunt valde, dicentes: S. Verè Filius Dei erat iste. C. Erant autem ibi mulieres multae à longè, quae secutae erant Jesum à Galilæa, ministrantes ei: inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Joseph mater, et mater filiorum Zebedæi. Cùm autem serò factum esset, venit quidam homo dives ab Arimathæa, nomine Joseph, qui et ipse discipulus erat Jesu. Hic accessit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. Tunc Pilatus jussit reddi corpus. Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et posuit illud in monumento suo novo, quod exciderat in petra. Et advolvit saxum magnum ad ostium monumenti, et abiit. Erat autem ibi Maria Magdalene, et altera Maria, sedentes contra sepulchrum.

El centurion y los que con él estaban allí guardando á Jesus, viendo el terremoto, y las cosas que pasaban, quedaron muy espantados, y dijeron: Este hombre era verdaderamente Hijo de Dios. Habia allí á lo léjos muchas mujeres que habian seguido á Jesus desde Galilea, cuidando de él, entre las cuales estaba Maria Magdalena, Maria, madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo. Cerca ya de la noche vino un hombre rico llamado José, que era de la ciudad de Arimathea, y él mismo discipulo de Jesus. Este fué á ver á Pilato y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato mandó que se le diese inmediatamente; y habiéndole tomado, le envolvió en una sábana muy limpia, le puso en un sepulcro suyo nuevo, que habia hecho cavar en una roca, y habiendo llevado rodando una gran piedra, la puso á la entrada del monumento; se fué, pero Maria Magdalena y la otra Maria estaban allí sentadas delante del monumento.

Altera autem die, quæ est post Parasceven, convenerunt principes sacerdotum et pharisæi ad Pilatum, dicentes: Domine, recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens: Post tres dies resurgam. Jube ergo custodiri sepulchrum usque in diem tertium: ne forte veniant discipuli ejus, et furentur eum, et dicant plebi: Surrexit à mortuis: et erit novissimus error peior priore. At illis Pilatus: Habetis custodiam, ite, custodite sicut scitis. Illi autem abeuntes, munierunt sepulchrum, signantes lapidem, cum custodibus.

El Evangelio de la misa de la fiesta de los Ramos es tomado del de S. Mateo, cap. 21.

In illo tempore: Cùm appropinquasset Jesus Jerosolymis, et venisset Bethphage ad montem Oliveti, tunc misit duos discipulos suos, dicens eis: Ite in castellum, quod contra vos est, et statim invenietis asinam alligatam, et pullum cum ea: solvite, et adducite mihi: et si quis vobis aliquid dixerit, dicite, quia Dominus his opus habet, et confestim dimittet eos. Hoc autem totum factum est, ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam dicentem: Dicite filie Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subjugalis. Euntes autem discipuli, fecerunt sicut

Al día siguiente, que era sabado, se reunieron los principes de los sacerdotes y los fariseos en casa de Pilato, y le dijeron: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo cuando aun vivia: Resucitaré al cabo de tres dias. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, no sea que acaso vengan los discipulos, lo roben, y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos. Y este error seria peor que el primero. Respondiôles entonces Pilato: Teneis guardia, id, guardadle como sabeis. Fuéronse inmediatamente al sepulcro, cerráronle bien, pusieron el sello sobre la piedra, y dejaron la guardia.

En aquel tiempo: Acercándose Jesus á Jerusalem y habiendo llegado á Betphagé al pié del monte Olivete, envió dos de sus discipulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, é inmediatamente hallareis una pollina atada, y con ella su buhecillo. Desatadlos y traédmelos, y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor los necesita, y al instante los dejará traer. Todo esto sucedió así para que se cumpliese lo que estaba anunciado por el Profeta, cuando dijo: Decid á la hija de Sion: Mira á tu Rey que viene á tí, en espíritu de dulzura, montado sobre una pollina, y sobre el

præcepit illis Jesus. Et adduxerunt asinam, et pullum: et imposuerunt super eos vestimenta sua; et eum desuper sedere fecerunt. Plurima autem turba straverunt vestimenta sua in via: alii autem cædebant ramos de arboribus, et sternebant in via: turba autem, quæ præcedebant, et quæ sequebantur, clamabant, dicentes: Hosanna Filio David: Benedictus, qui venit in nomine Domini.

buchecillo de la que lleva el yugo Fueron los discipulos é hicieron lo que Jesus les habia mandado. Trajeron la pollina y el borriquillo, y habiéndoles cubierto con sus vestidos, le hicieron subir encima. Al mismo tiempo, innumerables gentes estendieron sus vestidos por donde habia de pasar, otros cortaban ramas á los árboles, y con ellas sembraban el camino. Las tropas que iban delante y las que seguian, clamaban: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en lo mas alto de los cielos!

MEDITACION.

Sobre el misterio de este dia.

PUNTO PRIMERO.— Considera que jamás hubo demostracion de regocijo mas justa, mejor fundada, y aun se puede añadir, mas afectuosa, ni mas sincera, que la que el pueblo que habia salido de Jerusalem manifestó en este dia á la llegada del Salvador. Movidos de las maravillas asombrosas que Jesucristo obraba, hacia ya tres años, en toda la Judea, y de las que la mayor parte de aquellos que contribuian al triunfo habian sido testigos, no podian dudar que aquel que venia á Jerusalem, no fuese su Salvador, su Redentor, y su Mesias. Animados de aquel zelo que inspira la veneracion, y que el amor hace tan generoso, salen al encuentro de aquel á quien esperaban hacia tantos siglos; acompañan con deseos piadosos y gritos de viva el Mesias, de Hosannas, de bendito sea el que viene en el nombre del Señor al triunfo del Salvador del mundo; todo resuena con las aclamaciones de aquel piadoso pueblo. La multitud, los caminos sembrados de ramas de árboles y de flores, los ramos de palmas y de olivos en sus manos, la admiracion, la veneracion, la alegría derramada en todos los corazones, pintada en todos los rostros; todo concurría para hacer esta entrada del Salvador la mas augusta, la mas religiosa, la mas santa que hubo jamás. Fué propiamente

la entrada triunfante del Mesías en Jerusalem, á pesar de la envidia, del odio, y de la maligna obstinacion de los sacerdotes y de los fariseos en no querer reconocerle. Entre tanto el Salvador entra allí en cualidad de Mesías montado sobre una pollina, como lo habia predicho el profeta Zacarías; toda la ciudad está en movimiento, todo anuncia su triunfo. Todo esto era necesario para que se cumpliesen las profecías. Bastantes veces habia venido el Salvador á Jerusalem, y siempre sin esplendor, sin ruido, sin distincion que honrase su persona adorable. Hoy observa otra conducta, porque viene para ser inmolido en ella, para acabar la obra de nuestra redencion, para consumir allí su sacrificio, y esta es la causa porque entra con tanta solemnidad. Llevábase como en triunfo la víctima que se debia inmolar, y he aquí uno de los motivos de esta entrada triunfante. Pero ¿qué frutos tan lisonjeros no debian esperarse de una demostracion de respeto y de alegría tan general? Sin embargo ¡cuan tristes fueron los efectos de esta fiesta! Los sacerdotes, los doctores de la ley, el pueblo mismo de Jerusalem, tomaron como un motivo de alarma, en lo que hacia la alegría, el consuelo, la confianza de los extranjeros; porque solos los extranjeros, que habian venido á Jerusalem para la fiesta de la Pascua, fueron los que salieron al encuentro del Salvador, y le recibieron con tantas aclamaciones; los habitantes de Jerusalem que habian sido con mas frecuencia testigos de su santidad y de sus milagros, ya por temor, ya por orgullo, ó ya por respeto humano, no quisieron tener parte en este triunfo; presagio evidente de la vocacion de los extranjeros y de los gentiles á la fe, y de la funesta reprobacion de los judíos. Así tambien fueron solo los habitantes de Jerusalem los que aclamaron seis dias despues: *Quitámosto (de delante), quitámosto, crucificalo.* ¡O Dios mio, y qué importantes, qué saludables instrucciones nos dais en todo este misterio!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que lo que pasó en la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, se renueva todos los dias en la entrada que Jesucristo hace por medio del sacramento de la Eucaristía en el alma de los fieles. Este divino Salvador viene á nosotros en la comunión, como un rey lleno de mansedumbre. ¡Cuantos le salen al encuentro en esta quincena de la Pascua! ¡Qué de apariencias de religion! ¡qué de demostraciones de respeto! ¡qué de señales hasta de devoción! ¿y qué no deberia esperarse con razon de todo este aparato religioso? ¡qué reforma de costumbres, qué piedad, qué reforma de conducta! ¡Ah! ¿sucederá acaso entre los fieles, lo que en este dia sucedió entre los

judíos? Jesucristo es recibido como Mesías, y en el mismo dia es olvidado; todavía mas, es cuasi desconocido. Nota el Evangelio que despues de haber entrado en Jerusalem como en triunfo, en el mismo dia le abandonaron hasta tal punto, que se vió obligado á salir de allí á la caída de la tarde, para ir á buscar habitacion en Bethania. ¿No sucede algo de esto, aun en el mismo dia de la comunión? ¡Cuantos terminan, por decirlo así, con la comunión toda su devoción, y cuasi toda su religion y su reconocimiento! ¡Con qué desprecio fué tratado el Salvador divino seis dias despues de aquella entrada tan religiosa en Jerusalem! ¡Con qué crueldad, con qué ignominia! ¿Se deja pasar siempre tanto tiempo despues de la comunión pascual para maltratar al Salvador? Esas reuniones mundanas, en las que se avergüenzan tanto de profesar el Evangelio; esas partidas de placer tan poco inocentes; esos espectáculos tan poco cristianos, digámoslo mejor, tan paganos, tan profanos; todos esos lugares en donde el mundo y el demonio se indemnizan tan bien de unos tan cortos ejercicios de devoción, ¿están mucho tiempo desiertos? ¿Se esperan siempre seis dias sin gritar, por decirlo así, contra Jesucristo: Quitá, quítalo de delante, crucificalo? Consultemos el número de los que perseveran en la inocencia; consultemos el número de las conversiones ruidosas; consultémonos á nosotros mismos, nuestra propia experiencia puede instruirnos perfectamente sobre todos estos hechos.

¡Ah, Señor! ¿será posible que despues de estas reflexiones me encuentre yo todavía en el caso, y que yo mismo sea una nueva prueba de esta impía, de esta monstruosa ingratitud? No lo permitais, Señor, y haced que yo pierda la vida antes que perder vuestra gracia y vuestro amor.

JACULATORIAS. — Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor; Hosanna en lo mas alto de los cielos. (*Matth.* 21.)

Si, Señor, aun cuando fuese necesario morir con vos, no os negaré jamás. (*Matth.* 26.)

PROPOSITOS.

1 Puede decirse que todas las fiestas solemnes, y sobre todo, los dias de comunión, son una especie de triunfo de Jesucristo. El concurso edificante de los fieles al templo, la majestuosa solemnidad del oficio divino, la magnificencia de la Iglesia en la celebracion de las grandes festividades, todo esto es un tributo de

respeto, de honor, de religion, de reconocimiento, que tributamos al Señor; no omitais nada para contribuir cuanto esté de vuestra parte á él, con vuestro empeño, con vuestra devocion, con vuestro fervor, y singularmente con el ejercicio de los actos de religion y de las buenas obras. La modestia, la reverencia, la devocion, el respeto de cada uno en particular contribuye mucho á estas santas solemnidades; haced un estudio en que nadie os esceda en esto, y sobre todo no paseis ningun dia de la Semana Santa sin santificarle con nuevas obras buenas, y nuevos ejercicios de piedad.

2 Jesucristo hace su entrada en vosotros por la comunion; debe, pues, ser triunfante. No cedais en amor, en culto y en adoracion al pueblo judío. Pero no permita Dios que esta entrada de Jesucristo en vosotros sea un preludio de su pasion y de su muerte, como lo fué la que hizo el Salvador en Jerusalem entre las aclamaciones del pueblo. No obligueis al Hijo de Dios á que se salga de vuestra casa, para irse á aposentar en otra parte. Retenedle despues de la comunion por vuestra devocion y por vuestro fervor. Alejaos de hoy mas de las ocasiones de negarle; desterraos para siempre de esas reuniones, en que se hace profesion de no conocerle, y hacedle su estancia en vuestra alma dulce y agradable por vuestro amor, por vuestra inocencia, y por la reforma de vuestras costumbres.

LUNES SANTO.

Como la Iglesia en toda esta semana no se emplea mas que en la contemplacion de la pasion y muerte de Jesucristo, el oficio de la misa de este dia es un vivo é interesante compendio de las principales circunstancias de este triste misterio. El introito de la misa está tomado del salmo 34, en el que David, aborrecido, calumniado, perseguido, maltratado, pide á Dios justicia contra los que todo lo ponen en movimiento para perderle. No hay cosa que mejor convenga á Jesucristo pronto ya á ser inmolado.

«A vos, Señor, dice el Profeta, es á quien yo pido justicia contra mis perseguidores; y puesto que mis enemigos son los vuestros, tomad vuestras armas y vuestro escudo para combatirlos, y levantaos para venir en mi ayuda; vos, Señor, que sois la fortaleza de mi salud, sacad vuestra espada, y poneos entre mí y los que me persiguen. Oiga yo en el fondo de mi corazon que vos sois mi salud.» Que David compusiese este salmo con mo-

tivo de la persecucion de Saul, ó con el de la conspiracion de Absalon, lo cierto es, que el Espiritu Santo tenia presente en él al Salvador en su pasion, perseguido, acusado, calumniado, y acosado con tanta crueldad como injusticia. Conviene sin embargo este salmo tambien á los justos tentados por los demonios, y perseguidos de los hombres. Conviene tambien á la Iglesia que jamás está sin persecucion.

La Epistola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje en que el profeta Isaías habla en persona de Jesucristo ultrajado, abofeteado, cubierto el rostro de salivas, y harto de oprobios en el dia de su pasion. No se dió jamás figura mas semejante á la realidad que la que nos hace el Profeta de Jesucristo paciente en este capítulo cincuentésimo, en el que despues de haber declarado con un estilo vivo y preciso la reprobacion de la sinagoga y de los judíos á causa de sus iniquidades: Yo os declaro, dice el Señor por boca de su Profeta; yo os declaro, que si habeis sido vendidos, culpa es de vuestros pecados, y vuestros crímenes son los que me han hecho repudiar á vuestra madre. Hablando Isaías en persona de Jesucristo, cuenta en seguida los ultrajes impíos que le han hecho, y las crueldades inauditas que han ejercido sobre él, hasta el último término de la barbarie. Este pormenor profético, cuyo cumplimiento en la persona del Salvador se ha visto tan claramente en el dia de su pasion, este pormenor, repito, tan marcado, no carece de misterio. El Profeta, ó mas bien, Dios por su Profeta, ha querido dar á entender que lo que ha determinado, por fin, al Señor, á romper su alianza con el pueblo judío, á no mirarle mas como su pueblo, á rechazarle, á reprobarle, y á repudiar la sinagoga, es el modo indigno, infame, cruel, con que han tratado al Mesías; á quien no han querido escuchar ni recibir, á quien han ultrajado hasta el extremo, y á quien han hecho morir en una cruz.

El Señor mi Dios me ha abierto el oido; como si dijera, me ha revelado un gran misterio, y por mas increíble, por mas incomprendible que me haya parecido, yo me he rendido, y no le he contradicho. Este misterio tan poco verisímil, que escandaliza hasta al Profeta, eran los ultrajes sangrientos que debian hacer un dia los judíos al Mesías, pedido con tanto ardor, y esperado por tanto tiempo. Isaías no podia comprender como lo que Dios le revelaba acerca de los dolores y de la pasion del Salvador pudiese jamás suceder; tan opuesto le parecia esto á la razon, á la religion, á los verdaderos intereses de los mismos judíos. ¡Qué! despues de haber suspirado tantos siglos por la venida del Mesías; despues de haberle tan ardiente y afectuosamente pedido, esperado,